

LAURA THALASSA



UNA MELODÍA
hipnótica

SIREN  BOOKS

LAURA THALASSA

UNA MELODÍA
hipnótica

Traducción
de Estíbaliz Montero Iniesta

SIREN  BOOKS

Primera edición: noviembre 2022

© 2016 *Rhapsodic* by Laura Thalassa

© de la traducción: Estíbaliz Montero Iniesta, 2022

© de la corrección: Patricia Rouco

© diseño de cubierta: Dayna Watson

© imágenes de cubierta: michelaubryphoto/Shutterstock

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2022

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-126043-3-7

Depósito legal: M-27053-2022

IBIC: FMR

Impreso en España

The moral rights of the author have been asserted.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

*Para mi familia,
porque para vivir hace falta todo un pueblo*

PRÓLOGO

MAYO, HACE OCHO AÑOS

Tengo sangre en las manos, sangre entre los dedos de los pies, salpicaduras de sangre en el pelo. Tengo manchas en el pecho y, para mi espanto, puedo saborear algunas gotitas en los labios.

Hay demasiada manchando el suelo pulido de la cocina. Nadie puede sobrevivir a semejante pérdida de sangre, ni siquiera el monstruo que yace a mis pies.

Me tiembla todo el cuerpo, la adrenalina sigue bombeando por mis venas. Dejo caer la botella rota, el cristal se hace añicos cuando golpea el suelo y caigo de rodillas.

La sangre empapa mis vaqueros.

Me quedo mirando a mi torturador. Sus ojos vidriosos están desenfocados y su piel ha perdido todo el color. Si fuera una persona más valiente, habría apoyado la oreja en su pecho para asegurarme de que su corazón frío y ennegrecido se ha detenido. Ni siquiera ahora puedo soportar tocarlo, aunque ya no puede hacerme daño.

Se ha ido. Por fin se ha ido.

Se me escapa un sollozo estremecedor. Por primera vez en lo que parece una eternidad, puedo respirar. Sollozo de nuevo. Dios, qué bien sienta. Esta vez, dejo salir las lágrimas.

Se supone que no debo sentir alivio. Lo sé. Sé que se supone que la gente debe llorar la pérdida de una vida. Pero soy incapaz. Al menos, no la suya. Puede que eso me convierta en una mala persona. Lo único que sé es que esta noche me he enfrentado a mi miedo y he sobrevivido.

Está muerto. No puede hacerme más daño. Está muerto.
Solo tardo unos segundos más en asimilarlo por completo.

Dios mío.

Está *muerto*.

Empiezan a temblarme las manos. Hay un cadáver y sangre, mucha sangre. Estoy empapada en ella. Me ha manchado los deberes y oscurece el rostro de Lincoln en mi libro de Historia.

Un fuerte escalofrío me recorre el cuerpo.

Me miro las manos, sintiéndome como Lady Macbeth. *¡Fuera, maldita mancha!* Corro hacia el fregadero de la cocina, dejando un rastro de huellas ensangrentadas a mi paso. Dios, necesito limpiarme su sangre ahora mismo.

Me enjuago las manos frenéticamente. Me ha manchado las cutículas y se me ha incrustado debajo de las uñas. No consigo limpiarla, pero da igual, porque reparo en que ese líquido rojo me cubre los brazos. Así que los froto. Pero luego está en mi camisa y alcanzo a ver que se me está coagulando en el pelo.

Gimoteo cuando me doy cuenta.

No importa. No sale.

Mierda.

Me inclino sobre la encimera de granito y evalúo la mezcla rosada de sangre y agua que la mancha, y también el suelo y el fregadero.

No puedo huir de esto.

A regañadientes, mis ojos se deslizan hacia el cadáver. Una parte ilógica de mí espera que mi padrastro se incorpore y me ataque. Cuando no lo hace, empiezo a pensar de nuevo.

¿Qué hago ahora? ¿Llamar a la policía? El sistema judicial protege a los niños. No me pasará nada, solo me llamarán para interrogarme.

Pero ¿me protegerán? No es como si hubiera matado a cualquier persona. He matado a uno de los hombres vivos más ricos e intocables. No importa que haya sido en defensa propia. Incluso en la muerte, los hombres como él se salen con la suya en los casos más impensables todo el tiempo.

Y tendría que hablar de ello... de todo.

Me invaden las náuseas.

Pero no tengo otra opción, tengo que entregarme, a menos que...

El monstruo que se desangra en la cocina conocía a un tipo que conocía a otro tipo: alguien que podría arreglar una situación complicada. Solo tengo que vender un pedacito de mi alma para hablar con él.

Sin policías, sin preguntas, sin servicios sociales ni cárcel.

¿Sabes qué? Puede quedarse lo que quede de mi alma. Lo único que quiero es dejar esto atrás.

Me apresuro hacia el cajón de los cachivaches, me cuesta abrirlo por culpa de mis manos temblorosas. Cuando lo consigo, no tardo mucho en coger la tarjeta de presentación y leer la peculiar información de contacto. Hay una única frase escrita en ella; lo único que tengo que hacer es recitarla en voz alta.

El miedo me invade. Si hago esto, no habrá vuelta atrás.

Recorro la cocina con la mirada.

Ya es demasiado tarde para echarse atrás.

Aprieto la tarjeta en la mano. Respiro hondo y sigo las indicaciones de la tarjeta de presentación.

—Negociador, me gustaría hacer un trato.

I

PRESENTE

Una carpeta cae en el escritorio frente a mí.

—Tienes correo, zorra.

Bajo la taza de café humeante de mi boca y desvío la mirada del portátil.

Temperance «Temper» Darling —juro por Dios que se llama así—, mi socia comercial y mejor amiga, está de pie al otro lado de mi escritorio, con una sonrisa coqueta.

Se deja caer en el asiento que hay frente a mí.

Bajo los tobillos del escritorio y estiro el brazo para acercarme el archivo.

Ella señala la carpeta con la cabeza.

—Es dinero fácil, nena.

Siempre es dinero fácil y lo sabe.

Sus ojos recorren mi despacho del tamaño de un armario, idéntico al de ella.

—¿Cuánto ofrece el cliente? —pregunto mientras apoyo los pies en el borde del escritorio una vez más.

—Veinte de los grandes por un único encuentro con el objetivo, y ella ya sabe cuándo y dónde debes interceptarlo.

Silbo. Pues sí que es dinero fácil.

—¿Hora del encuentro con el objetivo? —pregunto.

—Hoy, a las ocho de la noche, en Flamencos. Es un restaurante elegante, para tu información, así que... —Su mirada aterriza en mis botas desgastadas—. No puedes llevar eso.

Pongo los ojos en blanco.

—Ah, y estará allí con unos amigos.

Y yo que estaba deseando llegar a casa relativamente temprano.

—¿Sabes lo que quiere la clienta? —pregunto.

—La clienta cree que su tío, nuestro objetivo, está abusando de la tutela de su madre, su abuela. Han llevado el caso a los tribunales; pero quiere ahorrarse algunas facturas legales y obtener una confesión directamente de la fuente.

Una euforia familiar hace que mi piel empiece a brillar. Es una oportunidad de ayudar a una anciana y castigar al peor tipo de criminal: el que se aprovecha de su propia familia.

Temper se fija en el brillo de mi piel, embelesada. Se acerca antes de recordarse a sí misma que no debe hacerlo. Ni siquiera ella es inmune a mi glamour.

Sacude la cabeza.

—Chica, eres una hija de puta retorcida.

Esa es la verdad de Dios.

—Mira quién fue a hablar.

Resopla.

—Puedes llamarme la Bruja Mala del Oeste.

Pero Temper no es una bruja. Es algo mucho más poderoso.

Comprueba su móvil.

—Mierda —suelta—. Me encantaría quedarme y charlar, pero mi delincuente estará en Luca's Deli en menos de una hora y con el tráfico de Los Ángeles a la hora de comer... La verdad es que no quiero verme obligada a separar la 405 como si fuera el Mar Rojo. Ese tipo de cosas levantan sospechas. —Se pone de pie y guarda el teléfono en el bolsillo—. ¿Cuándo vuelve Eli?

Eli, el cazarrecompensas que a veces trabaja para nosotras y otras veces para la Politia, el cuerpo policial sobrenatural. Eli, quien también es mi novio.

—Lo siento, Temper, pero estará fuera otra semana. —Me relajo un poco mientras pronuncio las palabras.

Eso está mal, ¿verdad? ¿Disfrutar del hecho de que tu novio se haya ido y tú tengas tiempo a solas?

Lo más probable es que también esté mal encontrar sofocante su afecto. Tengo miedo de lo que significa, en especial porque, para empezar, no deberíamos estar saliendo.

La primera regla del negocio es no liarse con colegas. Hace seis meses, una noche que nos fuimos de copas después del trabajo, rompí esa regla como si nunca hubiera existido. Y la rompí una y otra y otra vez hasta que me encontré en una relación que ni siquiera estaba segura de querer.

—Uf —dice Temper, su pelo afro rebota un poco mientras inclina la cabeza hacia atrás y alza los ojos al cielo—. A los malos siempre les encanta armar revuelo cuando Eli no está. —Se dirige a mi puerta y, con una mirada de despedida, sale de mi despacho.

Me quedo mirando la carpeta un momento antes de abrirla.

El caso no es nada especial. No hay nada particularmente cruel o difícil al respecto. Nada que me haga sacar la botella de Johnnie Walker que guardo en uno de los cajones de mi escritorio. Me doy cuenta de que quiero hacerlo de todos modos, que mi mano anhela sacar la botella.

Hay demasiada gente despreciable en este mundo.

Desplazo los ojos rápidamente hacia las cuentas de ónix que llevo enrolladas alrededor del brazo izquierdo mientras tamborileo con los dedos sobre la mesa. Las perlas parecen tragarse la luz en lugar de refractarla.

Demasiadas malas personas y demasiados recuerdos dignos de olvidar.

El elegante restaurante al que entro a las ocho de la noche apuesta por una iluminación tenue, las velas parpadean débilmente en todas las mesas para dos personas. Está claro que Flamencos es un lugar al que la gente rica viene para enamorarse.

Sigo al camarero, mis tacones impactan con suavidad contra el suelo de madera mientras me lleva a un comedor privado.

Veinte de los grandes. Es un montón de pasta. Pero no lo estoy haciendo por el dinero. La verdad es que las adicciones no me son para nada desconocidas, y esta es una de mis favoritas.

El camarero abre la puerta de la sala privada y entro.

En el interior, un grupo charla amistosamente alrededor de una gran mesa. Bajan un poco el tono en cuanto la puerta se cierra a mi espalda.

No hago ningún intento de acercarme.

Poso los ojos en Micky Fugue, un hombre calvo de cuarenta y tantos años. Mi objetivo.

La piel me empieza a brillar cuando dejo que la sirena de mi interior salga a la superficie.

—Todo el mundo fuera. —Mi voz suena melodiosa, sobrenatural. Convincente.

Casi a la vez, los comensales se ponen de pie, con los ojos vidriosos.

Este es mi precioso y terrible poder. El poder de una sirena. Obligar a los dispuestos y a los no dispuestos a hacer y creer lo que yo desee.

El glamour. Es ilegal. Aunque eso me importa una mierda.

—La cena ha estado genial —les digo mientras pasan a mi lado—. A todos os encantaría repetirla en algún momento en el futuro. Ah, y yo nunca he estado aquí.

Cuando Micky pasa junto a mí, lo agarro por la parte superior del brazo.

—Tú, no.

Se detiene, atrapado en la telaraña de mi voz, mientras el resto de los comensales se van. Sus ojos vidriosos parpadean un momento y, en ese instante, veo su confusión mientras su conciencia lucha contra mi extraña magia. A continuación, desaparece.

—Vamos a sentarnos. —Lo conduzco de nuevo hasta su asiento y me deslizo en el que está a su lado—. Podrás irte cuando hayamos terminado.

Todavía estoy brillando, mi poder aumenta con cada segundo que pasa. Las manos me tiemblan un poco mientras lucho contra mis otros

impulsos: sexo y violencia. Se me podría considerar una Jekyll y Hyde moderna. La mayor parte del tiempo soy simplemente Callie, investigadora privada. Pero cuando necesito usar mi poder, otro lado de mí sale a la superficie. La sirena es el monstruo que albergo dentro; ella quiere tomar y tomar y tomar. Causar estragos, darse un festín con el miedo y la lujuria de sus víctimas.

Solo admitiría esto en voz alta bajo coacción, pero controlarla es difícil.

Cojo un pedazo de pan de una de las cestitas que hay en el centro de la mesa y deslizo hacia mí un platillo que uno de los invitados no ha tocado. Después de verter aceite de oliva y vinagre balsámico en el plato, sumerjo el pan y le doy un mordisco.

Observo al hombre sentado junto a mí. El traje a medida que lleva oculta su barrigón. En la muñeca lleva un Rolex. El expediente decía que es contable. Sé que ganan bastante dinero, especialmente aquí, en Los Ángeles, pero no tanto.

—¿Por qué no vamos directos al grano? —pregunto. Mientras hablo, configuro mi teléfono para que la cámara grabe nuestra conversación. Por si acaso, saco una grabadora de mano y la enciendo—. Voy a grabar esta conversación. Por favor, diga que sí en voz alta y dé su consentimiento para esta entrevista.

Micky frunce el ceño mientras lucha contra el glamour de mi voz. No sirve de nada.

—Sí —dice por fin entre dientes.

Este tipo no es tonto; puede que no entienda lo que le está pasando, pero sabe que está a punto de ser engañado. Sabe que ya se la están jugando.

En cuanto accede, empiezo.

—¿Has estado malversando el dinero de tu madre? —Su madre senil y que padece una enfermedad terminal. Lo cierto es que no debería haber leído el archivo. Se supone que no debo involucrarme emocionalmente en los casos y, sin embargo, cuando se trata de niños y ancianos, parece que siempre me enfado.

Esta noche no es una excepción.

Le doy un mordisco al pan, sin dejar de mirarlo.

Él abre la boca...

—Desde este momento hasta el final de nuestra entrevista, dirás la *verdad*—ordeno, las palabras resbalan por mi lengua.

Se detiene y lo que sea que esté a punto de decir muere en sus labios. Espero a que continúe, pero no lo hace. Ahora que no puede mentir, es solo cuestión de tiempo que se vea obligado a admitir la verdad.

Micky lucha contra mi glamour, aunque es inútil. Está empezando a sudar, a pesar de su plácida expresión.

Sigo comiendo como si todo marchara perfectamente.

Sus mejillas se tiñen de color. Al final, contesta, casi atragantándose con las palabras.

—Sí. ¿Cómo coño has...?

—Silencio. —Deja de hablar de inmediato.

Menudo capullo. Robarle dinero a su madre moribunda. Una dulce ancianita cuyo mayor error fue dar a luz a este fracasado.

—¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo?

Parpadea, su mirada está llena de ira.

—Dos años —contesta contra su voluntad. Me fulmina con la mirada.

Me tomo mi tiempo para comerme lo que queda del pan.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto por fin.

—Ella no lo estaba usando y yo lo necesitaba. Lo voy a devolver —dice.

—¿De verdad? —Enarco las cejas—. ¿Y cuánto has... tomado *prestado*? —pregunto.

Pasamos varios segundos de silencio. Las mejillas rubicundas de Micky se vuelven cada vez más rosadas.

—No lo sé —acaba contestando.

Me inclino para acercarme más a él.

—Dame una estimación.

—Puede que doscientos veinte mil.

Solo con escuchar esa cifra, me atraviesa una oleada de ira.

—¿Y cuándo ibas a devolverle el dinero a tu madre? —pregunto.

—A-ahora —tartamudea.

Y yo soy la reina de Saba.

—¿Cuánto dinero tienes disponible en tus cuentas en este momento?
—pregunto.

Alcanza su vaso de agua y bebe un trago largo antes de responder.

—Me gusta invertir.

—¿Cuánto?

—Algo más de doce mil.

Doce mil dólares. Ha vaciado las arcas de su madre y aquí está, viviendo como un rey. Pero tras esta fachada, solo tiene doce mil dólares a mano. Y apuesto a que ese dinero también lo liquidará pronto. Esta clase de hombres son unos manirroto; el dinero se les escapa entre los dedos.

Le dedico una mirada decepcionada.

—Esa no es la respuesta correcta. Veamos —digo mientras la sirena me insta a ser cruel—, ¿dónde está el dinero?

Retuerce el labio superior, sobre el que hay una película de sudor, antes de responder.

—Ya no está.

Me estiro y apago la cámara y la grabadora. Mi cliente ha obtenido la confesión que quería. Por desgracia para Micky, yo todavía no he terminado con él.

—Sí —digo—, sí que está. —Las pocas personas que me conocen lo suficientemente bien reconocerían que mi tono ha cambiado.

Frunce el ceño de nuevo mientras la confusión asoma en su cara.

Le toco la solapa.

—Este traje es bonito, muy bonito. Y tu reloj... Los Rolex no son baratos, ¿verdad?

El glamour le hace negar con la cabeza.

—No —coincido—. Mira, con los hombres como tú, el dinero no desaparece sin más. Acaba en... ¿cómo lo has descrito? —Miro a mi

alrededor en busca de la palabra antes de chasquear los dedos—. *Inversiones*. Se mueve un poco, pero no desaparece. —Me inclino para acercarme más—. Vamos a moverlo un poco más.

Abre los ojos como platos. Ahora veo a Micky, no el títere controlado por mi magia, sino al Micky que era antes de que yo entrara en esta habitación. Alguien astuto, alguien débil. Es plenamente consciente de lo que está sucediendo.

—¿Q-quié eres? —Oh, el miedo en sus ojos. La sirena no puede resistirse a eso. Me acerco y le acaricio la mejilla—. Yo-yo voy a...

—Vas a sentarte y a escuchar, Micky —le digo—, y eso es lo único que vas a hacer porque, en este momento, estás... *indefenso*.

2

MAYO, HACE OCHO AÑOS

En mi cocina, el aire ondula, como si estuviera viendo un espejismo, y de repente, él está aquí, llenando la habitación como si fuera suya.

El Negociador.

Joder, ha funcionado.

Lo único que alcanzo a ver de él es su buen metro ochenta y una gran cantidad de pelo rubio platino atado con una tira de cuero. El Negociador está de espaldas a mí.

Un silbido rompe el silencio.

—Un hombre muerto —dice, contemplando mi obra. Sus pesadas botas emiten un tintineo cuando se acerca al cadáver.

Viste de negro de la cabeza a los pies, la camisa le queda ceñida sobre los anchos hombros. Poso la mirada en su brazo izquierdo, que está cubierto de tatuajes.

Callie, ¿dónde te has metido?

El Negociador le da un empujoncito al cadáver con la punta de la bota.

—Mmm, rectifico. Medio muerto.

Eso me saca de mi trance.

—¿*Qué?* —No puede estar vivo. El miedo que corre por mis venas respira, está vivo.

—Es probable que te cueste más de lo que estás dispuesta a ofrecer, pero aún puedo revivirlo.

¿Revivirlo? ¿Qué se ha fumado este tío?

—No lo quiero *vivo* —digo.

El Negociador se gira y, por primera vez, puedo echarle un buen vistazo.

Me quedo mirándolo como una tonta. Me había imaginado a un tipo repugnante, pero por muy malvado que sea el hombre que tengo delante, no es repugnante.

Ni siquiera un poco.

El Negociador es atractivo de una forma en la que solo unos pocos hombres lo son. No es robusto, a pesar de la mandíbula fuerte y el brillo duro de sus ojos. Su rostro presenta cierta simetría, una exuberancia en cada uno de sus rasgos que a menudo se ve más en las mujeres que en los hombres: pómulos altos y prominentes, labios traviosos y curvos, ojos plateados y relucientes. No es que tenga un aspecto femenino. Eso es imposible con ese cuerpo ancho y musculoso y el atuendo tan impresionante que lleva.

Es simplemente un hombre atractivo.

Un hombre *realmente* atractivo.

Me evalúa.

—No.

Lo miro con curiosidad.

—¿No qué?

—No hago negocios con menores de edad.

El aire brilla y, Dios mío, se está yendo.

—¡Espera, espera! —Me estiro y lo agarro por el antebrazo. Ahora no solo es el aire lo que brilla. Es mi piel, emite un suave resplandor. Ha estado haciéndolo mucho últimamente.

Se detiene para mirarme el brazo. Algo pasa por esos ojos suyos, algo más salvaje que la conmoción, algo más indómito que la emoción. La habitación parece oscurecerse a su alrededor y, a su espalda, podría jurar que veo algo grande y sinuoso.

Tan pronto como llega, se va.

Entrecierra los ojos.

—¿Qué eres?

Dejo caer la mano.

—*Por favor*—suplico—. De verdad necesito hacer un trato.

Suspira, suena muy disgustado.

—Escucha, no hago tratos con menores. Ve a la policía. —A pesar de su tono, todavía me está mirando la mano, ahora con una expresión distante y preocupada.

—No puedo. —Si él supiera—. Por favor, ayúdame.

Desplaza la mirada de mi mano a mi cara.

El Negociador rechina los dientes y frunce el ceño como si oliera algo podrido. Me mira en toda mi maldita y despeinada gloria. Más rechinar de dientes.

Sus ojos recorren la estancia y se detienen en mi padrastro. ¿Qué ve? ¿Puede deducir que ha sido un accidente?

Empiezan a castañetearme los dientes. Me rodeo el pecho con los brazos con fuerza.

A su pesar, sus ojos vuelven a mí, su mirada se suaviza un breve instante antes de endurecerse de nuevo.

—¿Quién es?

Trago saliva.

—Quién. Es —repite el Negociador.

—Mi padrastro —grazno.

Me mira fijamente, una mirada imposible de esquivar.

—¿Se lo merecía?

Suelto un suspiro tembloroso, se me escapa una lágrima a pesar de que intento retenerla. Sin palabras, asiento.

El Negociador me escudriña durante mucho rato, su mirada se desplaza hacia la lágrima que me cae por la mejilla.

Hace una mueca y aparta la mirada. Se frota la boca con la mano y se aleja dos pasos antes de girarse hacia mí.

—*De acuerdo*—dice con voz áspera—. Te ayudaré —más rechinar de dientes y otra mirada penetrante que se detiene en la lágrima de mi mejilla— *sin cobrarte*. —Prácticamente se atraganta con las palabras—. Solo esta vez. Considéralo mi gesto desinteresado del siglo.

Abro la boca para darle las gracias, pero él levanta la mano y cierra los ojos con fuerza.

—No lo hagas.

Cuando abre los ojos, los pasea por la habitación. Siento el palpito mágico que emana de él.

Conozco este lado de nuestro mundo, el lado sobrenatural. Mi padraastro construyó su imperio gracias a su habilidad mágica. Sin embargo, nunca he visto *este* tipo de magia en acción, magia que puede hacer que ocurran cosas de forma inexplicable. Jadeo cuando la sangre desaparece del suelo, y luego, de la encimera, y a continuación, de mi ropa, pelo y manos.

La botella rota es la siguiente. Un instante está ahí y al siguiente, se desvanece. Cualquiera que sea el hechizo que está usando, me hace cosquillas en la piel cuando pasa por la habitación.

Una vez que ha terminado con la escena del crimen, el Negociador se dirige hacia el cadáver.

Se detiene cuando llega a él y mira con curiosidad al hombre muerto. A continuación, se queda inmóvil.

—¿Es quien creo que es?

Es probable que este no sea un buen momento para contarle al Negociador que me he cargado a Hugh Anders, el analista bursátil más poderoso que existe y el hombre que, por el precio correcto, podía decirte casi cualquier cosa que quisieras saber sobre el futuro: cuándo iba a tener lugar un trapicheo con drogas, si la amenaza contra tu vida era inofensiva o real, si te iban a encarcelar por la muerte de un enemigo... Si no era el mejor vidente del mundo, al menos era uno de los más ricos. No es que eso lo salvara de la muerte.

Menuda ironía.

El Negociador suelta una sarta de maldiciones.

—Putas sirenas de mierda —murmura—. Tu mala suerte se me está contagiando.

Me estremezco, bien familiarizada con la predisposición de las sirenas a la desgracia. Es lo que provocó que mi madre tuviera un embarazo no deseado y una muerte prematura.

—¿Tienes algún pariente? —pregunta.

Me muerdo el labio inferior y niego, abrazándome más fuerte. Estoy yo sola en el mundo.

Él vuelve a soltar un juramento.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré dieciséis en dos semanas.

El cumpleaños que llevaba años esperando. En la comunidad sobrenatural, dieciséis es la edad en la que uno pasa a ser adulto legalmente. Pero ahora, ese mismo hecho podría usarse en mi contra. Una vez que alcanzabas ese número mágico, podías ser juzgado como adulto.

Estaba a dos semanas de la libertad —*dos semanas*— y ha pasado esto.

—Por fin —suspira—, una buena noticia. Haz las maletas. Mañana te mudas a la Isla de Man.

Parpadeo, mi mente tarda un momento en arrancar.

—¿Qué? Espera, ¿*mañana*? —¿Voy a mudarme? ¿Y tan pronto? La cabeza me da vueltas al considerar la idea.

—Las clases de verano de la Academia Peel empiezan en un par de semanas —dice.

Ubicada en la Isla de Man, una isla que queda justo entre Irlanda y Gran Bretaña, la Academia Peel es el internado sobrenatural de más renombre. Llevo muchísimo tiempo soñando con ir. Y ahora voy a hacerlo.

—Asistirás a clase allí y no le vas a contar a nadie que has matado a Hugh Anders.

Me estremezco al oír eso.

—A menos que —agrega— prefieras que te deje aquí con este lío.

Dios.

—¡No, por favor, quédate!

Otro suspiro sufrido.

—Yo me ocuparé del cadáver y de las autoridades. Si alguien pregunta, ha muerto de un infarto.

El Negociador me mira con curiosidad antes de recordar que está molesto conmigo. Chasquea los dedos y el cuerpo levita. Tardo varios

segundos en procesar el hecho de que hay un cadáver flotando en mi cocina.

El Negociador parece imperturbable.

—Hay algo que debes saber.

—¿Mmm? —Mi mirada está fija en el cuerpo flotante. Es espeluznante.

—Mírame —espetea el Negociador.

Centro la atención en él.

—Existe la posibilidad de que mi magia desaparezca con el tiempo. Puede que sea poderoso, pero esa pequeña y bonita maldición que todas las sirenas tenéis pendiendo sobre la cabeza podría anular incluso mi magia. —De alguna forma, se las arregla para parecer arrogante incluso cuando me dice que sus poderes podrían no ser suficiente.

—¿Qué pasará si se da el caso? —pregunto.

El Negociador sonríe. Grandísimo gilipollas. Lo tengo totalmente calado.

—Entonces será mejor que empieces a utilizar tus artimañas femeninas, querubín —contesta mientras arrastra la mirada sobre mí—. Las necesitarás.

Con esa frase como despedida, el Negociador desaparece, junto con el hombre al que he matado.

PRESENTE

Poder.

Ese es el foco de mi adicción. Poder. Una vez me vi aplastada bajo su peso, y a punto estuvo de tragarme por completo.

Pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora yo soy la fuerza formidable.

El comedor privado del restaurante brilla con suavidad a la luz de las velas. Me inclino más cerca de Micky.

—Esto es lo que va a pasar: vas a devolverle a tu madre ese dinero que has malversado.

Sus ojos previamente vacíos me enfocan. Si las miradas mataran...

—Que. Te. Jodan.

Sonrío, y sé que parezco una depredadora.

—Escucha con atención, porque esta es la única advertencia que voy a hacerte: sé que no tienes ni idea de lo que soy, pero te aseguro que puedo arruinarte la vida y soy lo bastante idiota como para planteármelo. Así que, a menos que quieras perder todo lo que te importa, vas a ser respetuoso.

Los mortales comunes saben que existen los seres sobrenaturales, pero tendemos a mantenernos separados de los que no tienen dones mágicos por la simple razón de que mierdas tan divertidas como la caza de brujas tienden a surgir cuando los mortales se sienten demasiado intimidados por nosotros.

Alcanzo mi bolso.

—Como no puedes ser un buen hijo por tu cuenta, voy a ayudarte —digo con amabilidad. Saco del bolso un bolígrafo y un par de documentos que me ha dado mi clienta.

Aparto el plato de Micky de en medio y lo coloco todo frente a él.

Uno de los documentos es una confesión escrita de culpabilidad y el otro es un pagaré, ambos redactados por el abogado de mi clienta.

—Vas a devolver hasta el último centavo que has robado, con un diez por ciento de interés.

Micky hace un pequeño ruido.

—¿Acabo de oír un quince por ciento?

Sacude la cabeza con furia.

—Eso me parecía. Voy a darte diez minutos para hojear el documento y luego lo firmarás.

Paso esos diez minutos probando el vino y la comida que los invitados de Micky han dejado atrás, y pongo los pies en alto porque, uf, tacones de aguja.

Cuando se acaba el tiempo, recojo los documentos de Micky. Mientras los hojeo, observo al hombre en sí. Ahora, su rostro está cubierto por una película de sudor poco saludable y apuesto a que,

si se quitara el esmoquin, vería unos círculos enormes debajo de sus axilas.

Termino de hojear los documentos. Cuando acabo, los deslizo de nuevo en mi bolso.

—Ya casi hemos terminado.

—¿Ca-si? —pronuncia la palabra como si nunca hubiera oído hablar de ella.

—No habrás creído que te dejaría ir solo con unas pocas firmas, ¿verdad? —Niego, y ahora mi piel ilumina la habitación más que la poca luz que hay. La sirena que hay en mí adora esto: jugar con su víctima—. Ay, Micky, no, no, no. —Y aquí es donde dejo de jugar con Micky y voy a matar. Me inclino hacia delante, impregnando mi voz de tanto poder como soy capaz—. Vas a corregir tus errores. Nunca más volverás a hacer esto y pasarás el resto de tu vida trabajando para ser mejor persona y ganarte el perdón de tu madre.

Él asiente.

Agarro mi bolso.

—Sé un buen hijo. Si oigo que no lo has sido, si escucho algo malo sobre ti, me volverás a ver, y no quieres eso.

Sacude la cabeza, con expresión vacía.

Me pongo de pie. Mi trabajo aquí está hecho.

Lo único que se necesita es una orden.

«Olvida que existo». Puf, tu memoria borra mi existencia.

«Aparta la mirada». Tus ojos se mueven en todas direcciones menos en la mía.

«Cuéntame tu secreto más oscuro». Tu boca y tu mente te traicionan.

«Dame tu fortuna». Limpiarás la cuenta bancaria en un instante.

«Ahógate».

«Ahógate. Ahógate. Ahógate».

Mueres.

Esa era la favorita de alguien cuando el mundo era joven, cuando las sirenas tenían la reputación de persuadir a los marineros para que se mataran.

«Ahógate».

A veces, cuando me quedo a solas con mis propios pensamientos —lo cual es bastante frecuente—, me hago preguntas sobre esas mujeres, las que pasaban el rato en las rocas llamando a los marineros y atrayéndolos a la muerte. ¿De verdad sucedió así? ¿Querían que murieran? ¿Por qué se aprovechaban de esos hombres en particular? Los mitos nunca lo dicen.

Me pregunto si alguna de ellas era como yo. Si su belleza las convirtió en víctimas mucho antes de proporcionarles poder. Si algún marinero en alguna parte abusó de esas mujeres antes de que tuvieran voz. Si se enfadaron y se cansaron, como yo, y usaron su poder para castigar a los culpables como venganza.

Me pregunto cuánto tiene la historia de verdad y cuántas de sus víctimas eran inocentes.

Yo cazo hombres malos. Esta es mi venganza. Mi adicción.

Subo las escaleras de mi casa en plena playa de Malibú, con los pies doloridos por todas las horas que llevo con estos tacones. La pintura gris pizarra de mi casa se despega de los listones de madera. Un moho verde brillante crece a lo largo del tejado. Esta es mi casa, perfectamente imperfecta.

Entro. Aquí el aire huele a océano.

Mi casa es sencilla. Tiene tres dormitorios, las encimeras de azulejos están astilladas y, si caminas descalza, te encontrarás arena entre los dedos de los pies. La sala de estar y el dormitorio dan al océano, y toda la pared trasera de ambas habitaciones está constituida por unas gigantes cascas de puertas corredizas de cristal que pueden abrirse por completo hacia el patio trasero.

Más allá de mi pequeño patio, el mundo desaparece. Una escalera de madera serpentea por el acantilado costero en el que se alza mi casa y, al fondo, el gélido océano Pacífico besa la costa arenosa de California, y tus pies, si se lo permites.

Este lugar es mi santuario. Lo supe en el mismo momento en que el agente inmobiliario me lo enseñó hace dos años.

Camino por mi casa a oscuras, sin molestarme en encender las luces mientras me quito la ropa prenda por prenda. Las dejo donde caen. Mañana las recogeré, pero esta noche tengo una cita con el mar y luego, con mi cama.

A través de las ventanas de mi sala de estar, la luna brilla con intensidad y mi corazón rebosa un anhelo infinito.

En secreto, me alegro de que Eli tenga que mantenerse alejado de mí hasta que pase la luna llena. Como licántropo, debe mantenerse alejado de mí durante los Siete Sagrados, la semana alrededor de la noche de luna llena, cuando no puede controlar su transformación en hombre a lobo.

Tengo mis propias razones para querer estar sola en este momento, razones que no tienen nada que ver con Eli, pero sí con mi pasado.

Me quito los vaqueros cuando entro en mi habitación para coger el bañador. Justo cuando alargo la mano para desabrocharme el sujetador, una sombra más oscura que el resto se mueve.

Ahogo el chillido que burbujea en mi garganta. Palpo la pared que tengo al lado con la mano hasta que encuentro el interruptor y enciendo las luces del dormitorio.

Frente a mí, recostado en mi cama, está el Negociador.